

De qué hablamos cuando hablamos de Leyenda Negra

Alfonso Calderón Argelich*
Universidad Autónoma de Barcelona

En 1992, Ricardo García Cárcel publicó un libro en el que explicitaba la necesidad de desmitificar lo que llamamos “Leyenda Negra” y considerarla no tanto como una crítica negativa sistemática y unánime contra España, sino como una corriente de opinión de la que se había alimentado una cierta tendencia del victimismo nacionalista¹. En la optimista coyuntura en la que escribía parecía posible enterrar la creencia en lo que no era otra cosa que un mito cultivado interesadamente: “escribí mi libro sobre la Leyenda Negra en plena euforia olímpica con el objeto de desdramatizar la naturaleza fatalista del término”². García Cárcel certificaba así el giro copernicano que ya había propuesto Chaunu al referirse a la Leyenda Negra no como la imagen de España, sino como el “reflejo de un reflejo”. Es decir, como la imagen que los propios españoles creían que dan al exterior. La Leyenda Negra, en todo caso, sería un objeto de estudio histórico, susceptible de ser analizado por especialistas en historia cultural con los consiguientes matices que una investigación entre historiadores aporta³.

Más de veinticinco años después, la propuesta de García Cárcel de enterrar el mito de la Leyenda Negra parece haber sido desmentida por los hechos. Lejos ya del *annus mirabilis* de 1992, con sus Juegos Olímpicos y su V Centenario en el marco de un boyante auge económico⁴, a finales de 2019 la cuestión parece haber revivido con bastante intensidad. Cabe recordar que la discusión en torno a la imagen negativa de

* ORCID: 0000-0002-1070-7419

¹ Ricardo García Cárcel, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 13-15.

² Ricardo García Cárcel, *El demonio del Sur. La Leyenda Negra de Felipe II*, Madrid, Cátedra, 2017, p. 23.

³ Pierre Chaunu, “La legende noire anti-hispanique”, *Revue de Psychologie des Peuples* (1^{er} trimestre 1964), p. 196.

⁴ Coyuntura que por otro lado ya ha sido objeto de una conveniente “historización”, vid. Giulia Quaggio, “1992: La modernidad del pasado. El PSOE en busca de una idea regenerada de España”, *Historia y política* 35 (2016), pp. 95-122.

España ante el exterior ya fue un tema de charla constante en la prensa económica durante la crisis de la eurozona de 2010-2012⁵. Sin embargo, la revitalización historiográfica se ha dado con la publicación de *Imperiofobia y leyenda negra* de María Elvira Roca Barea, que se ha convertido en un auténtico best-seller desde su aparición en octubre de 2016. Su autora, doctora en Literatura Medieval y profesora de instituto en Vélez Málaga, se ha convertido en una líder de opinión con numerosas intervenciones en prensa, reconocimientos institucionales y apariciones públicas⁶. La aparición de una réplica explícita en junio de 2019, *Imperiofilia y el populismo nacional-católico*, por parte de José Luis Villacañas, catedrático de Filosofía en la Complutense, ha hecho que la discusión adquiriera tintes de una auténtica controversia nacional⁷.

Ciertamente, la cuestión de la Leyenda Negra trasciende con mucho el interés historiográfico o intelectual. A raíz del éxito del libro de Roca Barea, Richard Kagan se preguntaba “por qué ahora” surgía un interés por este asunto que parecía haber quedado enterrado por la “normalización” historiográfica⁸. Desde luego, *Imperiofobia y leyenda negra* mereció la atención de varios reseñistas atentos a las novedades editoriales en historia, pero es de justicia reconocer el interés mediático y editorial por el tema tuvo un claro repunte a partir de noviembre de 2017, algo que evidentemente está relacionado con el referéndum ilegal del 1 de octubre y la declaración unilateral de independencia de Cataluña del 27 de octubre⁹. Comunicadores y políticos independentistas han explotado y divulgado a consciencia la idea de España como un país “dictatorial” o de “baja calidad democrática” a través de las diversas complicidades tejidas con medios y plataformas políticas diversas. La voluntad reconocida de los políticos fugados de “internacionalizar” la cuestión catalana ha hecho que el Ministro de Exteriores Josep Borrell llamase a luchar contra la “segunda leyenda negra” que el independentismo pretendía construir a raíz del procesamiento de varios de sus líderes políticos¹⁰.

⁵ Vicente Nieves, “¿Qué ha sido de los PIGS? El estigma de los países rezagados de la Eurozona ocho años después”, *El Economista* (23/5/2019).

⁶ María Elvira Roca Barea, *Imperiofobia y leyenda negra: Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*, Madrid, Siruela, 2016.

⁷ José Luis Villacañas, *Imperiofilia y el populismo nacional-católico*, Madrid, Lengua de Trapo, 2019.

⁸ Richard L. Kagan, “¿Por qué la Leyenda Negra? ¿Por qué ahora?”, *Cuadernos de historia moderna* 43-1, 2018, p. 283.

⁹ Por ejemplo, Antonio Muñoz Molina, “Francoland”, *El País* (13/10/2017); Rubén Amón, “Hispanofobia española”, *El País* (2/11/2017); César Antonio Molina, “Contra la nueva leyenda negra”, *El Mundo* (17/1/2018).

¹⁰ “Borrell arremete contra la “segunda leyenda negra” de España que busca construir el independentismo con el juicio”. *Europa Press* (13-2-2019).

De este modo, la invocación de la Leyenda Negra ha tomado ribetes que la acercan a un asunto antes que nacional, de Estado. En enero de 2018, se constituyó la Fundación Civilización Hispánica, que en su web se propone como objetivo “desmontar la Leyenda Negra que ha falseado la realidad de la imagen histórica de España en el mundo, devolviendo a españoles e hispanos la verdad de su identidad histórica”. Los otros dos objetivos serían, “alumbrar y difundir la Memoria Hispánica” y “cohesionar España y a la Comunidad hispánica”¹¹. Además de este *lobby* de carácter privado, cabe señalar que en octubre de 2018 el Alto Comisionado para la Marca España fue reorganizado como Secretaría de Estado de la España Global, entre cuyos objetivos se explicita “adoptar las medidas para la mejora de la imagen exterior de España”¹². Como parte de estos esfuerzos diplomáticos, Borrell instó a los 70 directores los diversos Institutos Cervantes que a ellos les compete “escribir el relato de España”¹³.

A pesar de estas llamadas bienintencionadas a desarticular campañas de desinformación, creo que es evidente que nos encontramos ante un asunto bastante alejado de la investigación en historia y mucho más cercano al ámbito de las Relaciones Públicas y de la diplomacia cultural. Lo que parece claro es que más allá del alcance que el proceso independentista catalán haya podido tener en la percepción de la política española actual, la invocación de una “Leyenda Negra” a la que cabe plantar cara ha sido un tópico reiterado a lo largo de 2019 en otras polémicas respecto al pasado hispánico. En marzo, la petición del presidente mexicano de una disculpa oficial de España por la colonización del continente americano volvió a abrir los debates sobre la conquista y el significado de la Hispanidad¹⁴. Ese mismo mes, los diarios *El Mundo* y *ABC* criticaron la poca iniciativa del gobierno español respecto a la conmemoración del quinto centenario de la vuelta al mundo de Magallanes y Elcano al dejar que Portugal se apropiara supuestamente de la efeméride al presentar en solitario un proyecto ante la UNESCO. A petición de *ABC*, la Real Academia de la Historia publicó un dictamen que certificaba como “incontestable la plena y exclusiva españolidad de la empresa”¹⁵.

¹¹ “Nuestros fines”, *Fundación Civilización Hispánica*. En línea:

<https://civilizacionhispanica.org/nuestros-fines>; Borja Hermoso, “Operación: lavar la imagen de España”, *El País* (27/1/2018).

¹² Real Decreto 1271/2018. En línea: <https://boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-2018-13932>

¹³ “Josep Borrell anima a los directivos del Cervantes a transmitir una mejor imagen exterior de España”, Instituto Cervantes (24/7/2019). En línea:

https://www.cervantes.es/sobre_instituto_cervantes/prensa/2019/noticias/borrell-reunion-directores-ic.htm

¹⁴ “López Obrador reabre la polémica de la 'leyenda negra'”, *RTVE* (26/3/2019).

¹⁵ “Informe de la Real Academia de la Historia sobre la Primera Circunnavegación a la tierra”, *Real Academia de la Historia* (10/3/2019). En línea: <https://www.rah.es/informe-de-la-real-academia-de-la-historia-sobre-la-primera-circunnavegacion-a-la-tierra/>

En este marco no es de extrañar que hayan aparecido numerosos libros con un ánimo manifiestamente polémico y vindicativo: Stanley Payne, *En defensa de España: desmontando mitos y leyendas negras* (2017); Iván Vélaz, *Sobre la Leyenda Negra* (2014, reeditado en 2018); Pedro Insúa, *1492. España contra sus fantasmas* (2018); Alberto G. Ibáñez, *La leyenda negra. Historia del odio a España* (2018), versión reducida de *La conjura silenciada contra España. La manipulación franco-anglosajona de nuestra historia y sus quintacolumnistas ingenuos* (2016); José Varela Ortega, *España. Un relato de grandeza y odio* (2019). Ahora bien, no es mi interés aquí hacer una reseña conjunta de esta bibliografía ni elaborar un análisis sobre el discurso mediático de nuestro presente en torno a la Leyenda Negra. Lo primero, temo que sería reiterativo y agotador. Lo segundo, sería de mucho interés para emprender un análisis crítico del discurso, pero queda fuera de mis capacidades y del espacio del que dispongo en esta intervención. Mi interés es mencionar algunas de las necesarias precauciones tanto epistemológicas como metodológicas que deben asumirse a la hora de abordar la propaganda negativa en torno a la Monarquía Hispánica en la Edad Moderna.

Hablar de Leyenda Negra es un tema que garantiza la polémica, ya que conduce necesariamente a reevaluar aproximaciones al pasado hispánico en los que entran valores y sentimientos. Comparecen diversos temas, se apela a cronologías y épocas distintas y, habitualmente, los textos que hablan de la Leyenda Negra hacen llamados a “superarla” o a elaborar un discurso alternativo que haga justicia a la verdad. Así pues, no me parece que sea banal preguntarse: ¿De qué hablamos *exactamente* cuando hablamos de Leyenda Negra? Recogiendo las sugerencias de Carlos Martínez Shaw al reseñar conjuntamente los libros de Roca Barea y Villacañas, es importante evitar la confusión, más que nada para aislar el problema de lo que se quiere debatir¹⁶. Esto nos puede abocar a extremos tan insostenibles como considerar que la Leyenda Negra fue “asumida” por la historiografía del liberalismo, como si Modesto Lafuente o Antonio Cánovas del Castillo no hubieran sido duros críticos de la opinión negativa extranjera y declarasen querer elaborar una historia nacional capaz de plantarse ante ella¹⁷.

En esta contribución quiero hacer algunos apuntes generales sobre la manera en que se enfoca este asunto a partir de *El demonio del Sur: La Leyenda Negra de Felipe II* de Ricardo García Cárcel, libro terminado en el otoño-invierno de 2016 pero que recogía bastantes años de trabajo en archivos europeos, en el marco del proyecto de investigación “Realidad y representación en la figura histórica de Don Carlos”, desarrollado en la Universidad Autónoma de Barcelona. En este trabajo, García Cárcel

¹⁶ Carlos Martínez-Shaw “Contra el triunfo de la confusión”, *El País* (27-6-2019).

¹⁷ Historiadores fundamentales que no son abordados por M^a. E. Roca Barea, *Imperiofobia...*, pp. 434-439.

recupera los planteamientos apuntados en 1992 para poner en marcha un estudio concreto que destaca precisamente por su esfuerzo en trazar los orígenes, agentes y avatares de los mitos que rodeaban a este rey.

Si quiero destacar el trabajo de García Cárcel es porque considero que resulta una puesta en práctica de aquella demanda de François Dosse de realizar una “historia en segundo grado”. Partiendo de la crisis de los paradigmas en ciencias sociales y del quiebre de las ilusiones de progreso, Dosse considera que el historiador en tiempos de incertidumbre epistemológica ha de asumir el fin del establecimiento entre un pasado estático y muerto que es examinado “objetivamente” por el historiador. Al contrario, este sería un participante en la creación de las propias categorías que ordenan ese pasado. De ahí, que la historiografía deba asumir ese carácter “reflexivo”, que consistiría en:

revisitar las mismas fuentes con una mirada diferente, una mirada que no se limita a la efectución de lo que ha pasado, sino que considera como significantes las huellas dejadas en la memoria colectiva por los hechos, los hombres, los símbolos, los emblemas del pasado, así como por los diversos usos que se hacen, en el presente, de este pasado¹⁸.

Todo ello debe contribuir, como ha explicitado el propio Pierre Nora, a un tipo de historia que:

se interesa menos por los acontecimientos en sí mismos que por su construcción en el tiempo, por su desaparición y por el resurgir de sus significaciones; menos por el pasado tal como ha acontecido que por su reutilización, sus malos usos, su impronta sobre los sucesivos presentes; menos por la tradición que por la manera en la que ha sido formulada y transmitida¹⁹.

De este modo, el punto de partida de García Cárcel al examinar la cuestión de la Leyenda Negra es el de ver cómo convergen las diversas representaciones en el imaginario. Influido por Roger Chartier, la representación no sería lo opuesto de la realidad sino su legado, su proyección²⁰. Su trabajo no se plantea como una crítica de las falsedades que una supuesta Leyenda Negra habría divulgado entre los españoles, sino como un estudio que pretende diseccionar los flujos de opinión en el escenario histórico con sus fluctuaciones en el espacio y en el tiempo. Una forma de hacer historia cultural

¹⁸ François Dosse, *El giro reflexivo de la historia. Recorridos epistemológicos y atención a las singularidades*, Ediciones Universidad Finis Terrae, Santiago de Chile, 2012, p. 16.

¹⁹ Pierre Nora, “La aventura de «Les lieux de mémoire»”, *Ayer* 32 (1998), p. 25.

²⁰ R. García Cárcel, *El demonio del sur...*, p. 18.

que debe mucho no sólo a las aportaciones de la historia cultural francesa que hemos señalado, sino también a las del propio ejercicio de un historiador que empezó dedicándose a la historia social²¹.

Antes que una biografía de Felipe II, el libro de García Cárcel resulta una biografía de las biografías de este monarca, algo típico de lo que Dosse llama la “edad hermenéutica” de la escritura biográfica²². Cabe señalar la novedad que implica la edición de algunos textos hasta entonces inéditos en castellano como el *Antiespañol* de Antoine Amauld. Sin embargo, el capítulo más interesante por el cotejo de ese “magma de atribuciones y adjetivaciones fatales” es el dedicado a las diversas versiones sobre la muerte de Don Carlos, que sirve como ejemplo de cómo a veces triunfa el “imaginario literario por encima de la crónica histórica”²³. Como en *Rashomon* de Kurosawa, el lector asiste a la repetición de la macabra muerte de Don Carlos desde varios ángulos. Si bien no todos pueden ser ciertos, cada uno de ellos contiene una *verdad* a su modo, en tanto que experiencia relatada y vivida por los sujetos, dimensión que se complejiza cuando la historiografía decimonónica y hasta bien entrado el siglo XX repitió convencionalmente estas versiones. De este modo, se excavan esas capas de significados que se habían sedimentado hasta formar una roca que, en apariencia, parecía sólida e impenetrable²⁴.

¿Cómo se expresa esto en el proceder historiográfico? En primer lugar, esto implica situar en su contexto el recorrido de esa imagología negativa. Si contextualizar puede definirse como la acción de situar una idea en la esfera de sus múltiples significados, la introducción a *El demonio del Sur* resulta una contextualización actualizada de las diversas maneras de problematizar esa cuestión de la Leyenda Negra, abordando los debates en torno a los éxitos o fracasos de la monarquía y la evolución de la identidad nacional española²⁵. Esta situación en el marco cultural es lo que se echa de menos en mucha de la historiografía recientemente aparecida, sobre todo en los planteamientos de Roca Barea. A pesar de su insistencia en definiciones etimológicas, su ensayo en cierta medida constituye un ejemplo de la “mitología de reificación de las doctrinas” que denunciaba Quentin Skinner, en el que se expone un tipo ideal para luego buscar diferentes manifestaciones que se van sucediendo²⁶. En su ensayo, la Leyenda Negra antiespañola

²¹ Vid. el ejercicio de egohistoria muy interesante a este respecto de Geoff Eley, *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia social*, Publicacions de la Universitat de València, 2008.

²² François Dosse, *El arte de la biografía: entre historia y ficción*, Universidad Iberoamericana, México D. F., 2007, p. 318.

²³ R. García Cárcel, *El demonio del sur...*, p. 251.

²⁴ *Ibid.*, pp. 280-283.

²⁵ *Ibid.*, pp. 33-40.

²⁶ Quentin Skinner, “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, en *Visions of Politics. Regarding Method*, Cambridge University Press, 2002, p. 63

sería una manifestación de la imperiofobia, idea ya bastante problemática al definirse como “una clase de prejuicio racista hacia arriba, idéntico en esencia al racismo hacia abajo”. De este modo, este miedo y rechazo a lo español se habría construido con prejuicios infundados “a lo largo de la historia”, que, si bien tendrían causas diferentes, sus tópicos que no diferirían en exceso al mantenerse dentro de “su estructura fundamental”. La definición de este fenómeno resulta confusa ya que, además de partir de un término notablemente amplio de imperio, se presentan casos históricos tan opuestos como la Roma Imperial, la Rusia de los Zares, o los Estados Unidos sin una vara de medir que ayude a pensarlos²⁷. De este modo, la Leyenda Negra trasciende cualquier contextualización histórica al devenir una especie de fenómeno metafísico y universal (“capaz de atravesar lenguas, siglos y hasta religiones”) que nunca desaparece, sino que se transforma, al ser asumida como parte transversal de la “cosmovisión occidental”²⁸.

El segundo elemento que el profesor García Cárcel asume en su libro es la necesidad de “normalizar” la llamada Leyenda Negra en dos sentidos. Primero, en asumirla como parte de los flujos de opinión en el marco de la naciente esfera pública que resultó crucial en la formación de unas comunidades imaginadas. La Leyenda Negra, desde este punto de vista, no constituiría una anomalía histórica, sino parte de la “ambivalencia” que el mundo hispánico ha suscitado entre sus aliados y sus rivales. Es decir, se trata de “desdramatizar” el concepto al contraponer otras actitudes que se dan en los siglos de época moderna que van desde la curiosidad a la admiración²⁹. En este estudio, además de las críticas externas a la monarquía de Felipe II por parte de escritores franceses, ingleses, holandeses, portugueses o italianos³⁰ también se añaden las numerosas críticas internas que su política levantó entre jesuitas, juristas aragoneses, conversos y moriscos³¹. Roca Barea, por su parte, insiste continuamente en que la percepción de España es excepcionalmente negativa, de modo que la Leyenda Negra *imperiofóbica* sería en este caso intrínsecamente *hispánofoba*. Esta hispanofobia se define en

²⁷ No se recogen las reflexiones de Anthony Pagden, *Señores de todo el mundo: ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)*, Península, Barcelona, 1997. Ni tampoco las importantes consideraciones de Antonio Miguel-Bernal, que rechaza que la Monarquía Hispánica de los Austrias pueda definirse como un imperio, siendo este un vocablo usado a posteriori: “Lo que parece seguro es que la proliferación de escritos sobre la «España imperial», como sinónimo de la «España nacional», es más bien tardía en nuestro país y muchos de los títulos conocidos donde se abunda en tales supuestos nacionalistas del Imperio se escribieron en el siglo XX” *España, proyecto inacabado. Costes/beneficios del imperio*, Madrid, Marcial Pons, 2005, p. 82.

²⁸ M^a E. Roca Barea, *Imperiofobia...*, pp. 31, 121, 471, 465.

²⁹ R. García Cárcel, *El demonio del sur...*, p. 40.

³⁰ *Ibid.*, pp. 170-249.

³¹ *Ibid.*, pp. 104-123.

su ensayo apelando continuamente a un anticatolicismo de origen protestante que habría colonizado la mente de los propios españoles. Esta dimensión se magnifica y se eluden mencionar los conflictos internos de legitimidad de la monarquía hispánica que produjeron importantes crisis en el siglo XVII, lo que también le conduce a una visión unidimensional del propio proceso de revolución liberal. Los intelectuales del XIX, según la ensayista malagueña, no habrían aportado otra cosa que un “capítulo nuevo” a la asimilación de prejuicios imperiofobos e hispanófobos para justificar su propio fracaso³².

La segunda manera de “normalizar” el acercamiento a la Leyenda Negra que propone el profesor García Cárcel también debe entenderse como la necesidad de “desdramatizar”, es decir, de proceder a un estudio del tema con un talante desmitificador, que se asume como parte de la exigencia deontológica del historiador de evitar incurrir en valoraciones morales anacrónicas³³. La imagen de Felipe II no habría que verla como producto de una conspiración europea hispanófoba, sino situarla en el marco concreto de la lucha de propaganda y contrapropaganda. La dificultad de la extensión de la monarquía, la tolerancia social que sobrepasó el absolutismo confesional, o la opacidad del rey ante sus consejeros contribuyeron a dar una imagen que quedó consolidada (aunque permanentemente disputada) en los siglos XVII y XVIII hasta los grandes debates historiográficos del XIX. En este sentido, las conclusiones de *El demonio del Sur* abren una perspectiva novedosa al concluir que habría que ahondar ante todo en las causas del fracaso de una Leyenda Blanca³⁴.

Lejos de querer profundizar en el “síndrome del fracaso nacional”, el catedrático de la UAB advierte del riesgo de que “nuestros propios fantasmas y obsesiones domésticas” invadan el trabajo del historiador³⁵. Algo que a mi juicio sucede continuamente en el trabajo de Roca Barea, quien hace un llamamiento en el último capítulo de su libro a luchar contra esos prejuicios imperiofóbicos e hispanófobos, cuya vitalidad y omnipresencia implicarían que los historiadores actuales corren el riesgo de ser “cómplices” de los “verdugos” de España³⁶. La argumentación historiográfica que vemos desplegada en el libro se convierte en este tramo en un ataque, en mi opinión gratuito, contra una supuesta “cosmovisión y autorrepresentación protestante” que haría del odio a los países católicos del sur la “viga maestra” para espantar a los inversionistas. Las últimas páginas se convierten en un llamado a plantar cara a esa Leyenda Negra, que ahora se entiende como “la propaganda financiera bien urdida a

³² M^a. E. Roca Barea, *Imperiofobia...*, pp. 398, 474.

³³ R. García Cárcel, *El demonio del sur...*, p. 17.

³⁴ *Ibid.*, p. 374-375.

³⁵ *Ibid.*, pp. 31, 45.

³⁶ M^a E. Roca Barea, *Imperiofobia...*, p. 444.

partir del anticatolicismo y la hispanofobia”³⁷. El síndrome del fracaso, al que aludía García Cárcel, se evidencia con la afirmación final de que los españoles “no fuimos capaces de defender nuestros intereses”. En definitiva, ante la vocación desmitificadora de *El demonio del Sur*, encontramos en *Imperiofobia y leyenda negra* unas conclusiones moralizantes que insisten en que los españoles tomen de nuevo las riendas de su propia historia³⁸.

No es mi interés emprender un comentario crítico de la obra de Roca Barea, tarea que por otra parte ya ha sido realizada por José Luis Villacañas como apuntaba al principio. Creo que, paradójicamente, los motivos de su éxito son los mismos que de sus debilidades historiográficas: se ofrece un ensayo de tono persuasivo en el que adopta el esquema de achacar a los países protestantes los defectos que supuestamente se les achacan a España. A mi juicio, el contexto político que vivimos ha marcado tanto su punto de partida, como la presentación de sus datos y sus conclusiones. Por supuesto, esto es algo normal e inevitable en cualquier sociedad democrática, ya que el pasado es de todos y está disponible para ser reformulado como se crea conveniente. Ahora bien, considero que también es responsabilidad de los propios historiadores interrogarnos cual es el alcance y las implicaciones de esos usos del pasado. Esta es la cuestión que conduce a que no podamos mantenernos pasivos ante manipulaciones o exageraciones. Quienes nos movemos en el ámbito universitario deberíamos hacer un esfuerzo por divulgar nuestras agendas de investigación en tanto que científicos sociales, para contribuir a un debate mediático menos condicionados por la lógica del *click-bait*, que en parte ha conducido a un panorama cada vez polarizado y de trazo grueso. Precisamente, quienes tenemos la fortuna poder dedicarnos a investigar y enseñar Historia tendríamos que poder comunicar nuestras aportaciones y abrir nuevas perspectivas al público, en vez de apuntarnos a un debate absurdo entre partidarios y detractores de la Leyenda Negra, como a veces han pretendido dibujar los medios.

¿Entonces, de qué se habla cuando se habla de Leyenda Negra? Lo que empieza haciendo referencia a la opinión negativa de España en la Edad Moderna, conduce rápidamente a otras cuestiones muy diferentes y complejas como la pugna de relatos legitimadores, el alcance de los nacionalismos o la eficacia de la propaganda. Estos son temas de suficiente entidad como para separarlos de una lectura reduccionista que los presente como complot transhistórico e intemporal constante desde el siglo XVI hasta la actualidad. En pro de la honestidad intelectual, creo que debe remarcarse que el debate suscitado en torno a la Leyenda Negra tal como lo han planteado los medios no va de cómo valorar la eficacia de la propaganda anti-española de los Austrias, sino que

³⁷ *Ibid.*, pp. 457-471

³⁸ *Ibid.*, p. 471.

tiene que ver más con las estrategias del nacionalismo español actual de centro-derecha por reimaginar su agenda ideológica. No me parece casual que el debate se haya agudizado a lo largo de 2018 y 2019, en un marco de bloqueo político dominado por la pérdida de impulso del centrismo liberal de Ciudadanos y el auge de la extrema derecha de VOX. Del mismo modo que se denunció la evidente falacia que contenía el simposio *Espanya contra Catalunya* ya en su título, es necesario señalar las falacias en las que se sustentan esas visiones que pretenden revivir el mito de una Leyenda Negra que debe ser exorcizada a toda costa, bajo pena entonces de ser un enemigo de la patria³⁹.

En su libro sobre las memorias históricas de España, el profesor García Cárcel apelaba a la necesidad de abordar los mitos como “objetos históricos en sí mismos, examinados con el prisma de la razón y desde la exigencia de la honestidad”. La tarea del historiador sería tratar de demostrar “su relativismo histórico, la multiplicidad de lecturas funcionales que ofrecen a lo largo del tiempo y en función de la identidad de sus intérpretes”⁴⁰. Creo que esa es una de las principales lecciones que el que escribe esto espera haber aprendido. Aplicar esas enseñanzas es un reto para hacer frente a lecturas metafísicas de la historia, en que las naciones aparecen como sujetos eternos, permanentemente agraviados.

³⁹ Algunas reflexiones en esta línea: Javier Moreno Luzón, “Esa reacción españolista”, *La Maleta de Portbou*, 34 (marzo-abril de 2019), pp. 61-67; Paula Corroto, “Vox y la cultura: ¿Vuelve la épica nacionalista española?”, *Letras Libres* (6/12/2018). En línea: <https://www.lettraslibres.com/espana-mexico/literatura/vox-y-la-cultura-vuelve-la-epica-nacionalista-espanola>

⁴⁰ Ricardo García Cárcel, *La herencia del pasado: las memorias históricas de España*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2011, p. 40.